

H. P. LOVECRAFT
EL CASO DE
CHARLES DEXTER
WARD

Traducción, prólogo y notas de
ADOLFO MUÑOZ

Ilustraciones de
JAVIER OLIVARES



H. P. LOVECRAFT

EL CASO DE
CHARLES DEXTER
WARD

Traducción, prólogo y notas de
ADOLFO MUÑOZ

Ilustraciones de
JAVIER OLIVARES

ANAYA

Título original: *The Case of Charles Dexter Ward*

1.ª edición: noviembre 2018

© De la traducción: Adolfo Muñoz, 2018

© De las ilustraciones: Javier Olivares, 2018

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2018

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-4714-5

Depósito legal: M-25040-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

PRÓLOGO	9
I. UN RESULTADO Y UN PRÓLOGO	19
1.	21
2.	28
II. UN ANTECEDENTE Y UN HORROR	35
1.	37
2.	46
3.	52
4.	60
5.	67
6.	73
III. UNA BÚSQUEDA Y UNA EVOCACIÓN	79
1.	81
2.	87
3.	92
4.	97
5.	105
6.	111
IV. UNA MUTACIÓN Y UNA LOCURA	117
1.	119
2.	125
3.	133
4.	142

V. UNA PESADILLA Y UN CATACLISMO	153
1.	155
2.	160
3.	165
4.	170
5.	180
6.	188
7.	194
NOTAS	203
CRONOLOGÍA DE LOS HECHOS MENCIONADOS EN LA NOVELA	213
PLANOS DE PROVIDENCE Y DE LA BAHÍA DE NARRAGANSETT	219

Las sales esenciales de los animales pueden prepararse y preservarse en modo tal que un sabio pueda guardar en su propio estudio toda el Arca de Noé, y recrear, a su antojo, la bella forma de un animal a partir de sus cenizas; y, de manera semejante, a partir de las sales esenciales de cenizas humanas podrá un sabio, sin incurrir en criminal necromancia, convocar la forma de cualquier ancestro fallecido de las cenizas en que se convirtió su cuerpo incinerado.⁶

BORELLUS

I

Un resultado y un prólogo



1

*D*e un hospital privado para enfermos mentales que se halla cerca de Providence (en Rhode Island)⁷ no hace mucho que desapareció una persona sumamente peculiar. Respondía al nombre de Charles Dexter Ward y, muy a duras penas, había sido internado allí por su afligido padre, que había visto cómo iba evolucionando su locura desde la mera excentricidad a una oscura manía que incluía la posibilidad de tendencias asesinas y extraños y profundos cambios en su mente. Los médicos reconocen su desconcierto ante este caso, ya que presenta rarezas de tipo fisiológico además de las de carácter psicológico.

En primer lugar, el paciente parecía mayor de lo que se esperaría en alguien de veintiséis años. Es cierto que las alteraciones mentales hacen envejecer aprisa; pero el rostro de aquel joven había adquirido una sutil falta de expresión que solo tienen, normalmente, los ancianos. En segundo lugar, sus funciones fisiológicas presentaban extrañas proporciones sin paralelo en la experiencia médica. La respiración y la función cardíaca mostraban una desconcertante falta de simetría; había perdido la voz hasta el punto que no podía emitir ningún sonido por encima del susurro; sus digestiones eran increíblemente largas y leves, y las reacciones neurológicas a los estímulos habituales no guardaban relación con nada consignado en la literatura médica, ni normal ni patológico. La piel tenía una frialdad y sequedad mórbidas, y la estructura celular de los tejidos parecía exageradamente inconexa y basta. Hasta había desaparecido un antojo grande de color aceitunado que tenía en la cadera derecha, al tiempo que en el pecho se le había formado un lunar o punto negruzco muy curioso, del que no había habido indicios anteriores. En general, todos los médicos están de acuerdo en que en Ward los procesos metabólicos se habían retardado hasta un grado inaudito.

Psicológicamente, Charles Ward también era un caso único. Su locura no guardaba semejanza con nada registrado ni siquiera en los últimos y más exhaustivos tratados, e iba asociada a una fuerza mental que lo podría haber convertido

en un genio o en un líder de no haberse presentado en formas tan extrañas y grotescas. El doctor Willett, que es el médico de la familia Ward, afirma que la capacidad mental global del paciente, calculada por su respuesta a cuestiones que se hallan fuera de la esfera del ámbito de su locura, había aumentado desde el ataque. Ward fue siempre un estudioso, sobre todo de la antigüedad; pero ni siquiera sus primeras obras más brillantes muestran la prodigiosa penetración y comprensión de que hacía gala en los últimos reconocimientos de los alienistas. De hecho, fue difícil conseguir el mandato de reclusión en el hospital por lo lúcida y potente que parecía la mente del joven; y solo por testimonios ajenos y por la importancia de las anormales lagunas de conocimiento (entendido como algo distinto a la inteligencia) se le pudo finalmente recluir. Hasta el momento mismo de su desaparición leía de todo, y era tan buen conversador como le permitía su escasa voz. Astutos observadores, que no consiguieron prever su fuga, se mostraban convencidos de que no tardaría en levantársele la custodia.

Solo el doctor Willett, que había ayudado a traer al mundo a Charles Ward y que desde entonces había seguido su crecimiento corporal y mental, parecía aterrado ante la idea de que lo pusieran en libertad. Había vivido una terrible experiencia y había hecho un terrible descubrimiento que no se atrevía a revelar a sus escépticos colegas. El propio Willett y su relación con el caso son otro misterio: fue el último en ver al paciente antes de su fuga; y salió de aquella última conversación en un estado que era una mezcla de terror y alivio, tal como recordaron muchos testigos cuando, tres horas después, se supo que el paciente había huido.

La misma huida es otro de los enigmas del hospital del doctor Waite, pues parece imposible escapar por una ventana abierta en un muro vertical de veinte metros de altura; y, sin embargo, no cabe duda de que el joven se fugó después de su charla con Willett. El propio Willett no da ninguna explicación en público, aunque, cosa extraña, parece más tranquilo que antes de la fuga. Hay quien tiene la impresión de que querría decir algo, y que lo diría si pensara que le iban a creer. Había hablado con Ward en su cuarto, pero poco después de salir de él, los asistentes llamaron en vano a la puerta. Cuando por fin la abrieron, el paciente no se hallaba allí, y lo único que encontraron fue la ventana abierta y una fresca brisa de abril que levantaba una nube de fino polvo gris azulado que casi los ahoga. Es cierto que los perros habían aullado poco antes; pero eso era mientras Willett seguía presente, y después no habían dado con nada ni habían mostrado ninguna inquietud. Al padre de Ward le informaron inmediatamente por teléfono, pero se



mostró más apesadumbrado que sorprendido. Cuando el doctor Waite lo visitó personalmente, el doctor Willet había hablado ya con él, y ambos negaron tener ningún conocimiento ni haber sido cómplices de la fuga. Solo algunos amigos íntimos de Willett y de Ward padre han proporcionado ciertas pistas, e incluso estas parecen demasiado fantásticas para tomarlas en serio. Lo único claro es que, hasta el momento presente, no se ha hallado rastro del loco desaparecido.

Desde niño, Charles Ward había sentido afición al pasado, gusto sin duda adquirido por la venerable ciudad que tenía a su alrededor y por las antigüedades que ocupaban cada rincón de la vieja mansión de sus padres, en Prospect Street, en lo alto de la colina. Con los años, su pasión por las cosas antiguas fue en aumento; así que la historia, la genealogía y el estudio de la arquitectura, mobiliario y artesanía coloniales terminaron desplazando cualquier otra afición.

Es importante recordar estos gustos al pensar en su locura; pues, aunque no sean la causa, juegan un papel importante en su aspecto. Todas las lagunas de conocimiento que los alienistas encontraron en su mente tenían que ver con las cosas de la actualidad, y siempre se veían compensadas por un conocimiento excesivo (que aparentemente intentaba disimular) de ciertas cosas del pasado, que un hábil interrogatorio podía sacar a la luz; así que uno se habría podido imaginar al paciente trasferido a otra época anterior por medio de alguna oscura clase de autohipnosis.

Lo extraño era que Ward ya no parecía interesado en aquellas cosas antiguas que tan bien conocía. Daba la impresión de que había dejado de apreciarlas de tan familiares que le resultaban; y últimamente se esforzaba, de manera evidente, por conocer y entender los hechos comunes del mundo moderno, que su cerebro había suprimido de manera absoluta e inequívoca. Hacía todo lo posible por disimular que aquella supresión sistemática hubiera tenido lugar; pero resultaba evidente, para todo el que le observara, que su programa de lecturas y conversación estaba motivado por el desesperado deseo de adquirir conocimientos sobre su propia vida, sobre las cosas prácticas, y sobre la cultura del siglo XX, conocimientos normales que deberían corresponderle por el hecho de haber nacido en 1902 y de haber recibido una educación en colegios de su época. En vista de lo deficiente de estos conocimientos, los alienistas se preguntan ahora cómo logrará manejarse el fugado paciente en el complejo mundo actual; la opinión dominante es que tratará de pasar disimulado, en algún lugar modesto y tranquilo, hasta que pueda llegar a saber lo que cualquier persona normal y moderna.

El comienzo de la locura de Ward es asunto de discusión entre los alienistas. El doctor Lyman, la eminente autoridad de Boston, la sitúa en 1919 o 1920, durante el último curso del muchacho en la Moses Brown School⁸, cuando repentinamente viró del estudio del pasado al estudio de lo oculto, y rehusó prepararse para el acceso a la universidad con el pretexto de que tenía que llevar a cabo investigaciones individuales de mucha mayor importancia. Esto queda confirmado por el cambio de hábitos experimentado en aquel tiempo por Ward, en especial por su continua búsqueda en los archivos municipales y en los camposantos de una cierta tumba excavada en 1771; la tumba de un antepasado llamado Joseph Curwen, algunos de cuyos papeles decía haber encontrado tras los paneles de una casa muy antigua de Olney Court, en Stampers' Hill, que se sabe que Curwen había construido y habitado. No puede negarse que en el invierno de 1919-1920 Ward experimentó un profundo cambio, pues de pronto interrumpió sus actividades relacionadas con la historia y se puso a hurgar en materias ocultas, aquí y en el extranjero, y a buscar persistentemente la tumba de su antepasado.

Sin embargo, el doctor Willett discrepa de esta opinión; y se basa para ello en su intenso y continuado conocimiento del paciente, y en ciertas espantosas investigaciones y descubrimientos que hizo hacia el final. Esas investigaciones y descubrimientos han dejado su huella en él hasta el punto de que le tiembla la voz cuando los relata, y le tiembla la mano cuando trata de ponerlos por escrito. Willett admite que el cambio de 1919-20 podría dar la impresión de señalar el inicio de una decadencia progresiva que culminó en la horrible y asombrosa locura de 1928; pero cree, por sus observaciones personales, que debería hacerse una distinción más sutil. Aceptando que el muchacho tuvo siempre un temperamento desequilibrado, proclive a la susceptibilidad y al entusiasmo excesivos en respuesta a los fenómenos del entorno, se niega sin embargo a admitir que aquella alteración temprana señalara el verdadero paso de la cordura a la locura; y da crédito, sin embargo, a la afirmación del propio Ward de que había descubierto, o redescubierto, algo cuyo efecto en el pensamiento humano resultaría profundo y maravilloso. La auténtica locura, de eso está seguro, llegó posteriormente, después de descubrir el retrato de Curwen y los antiguos papeles, después de hacer un viaje a extraños lugares del extranjero, después de salmodiar terribles invocaciones bajo raras y secretas circunstancias, después de recibir respuesta a esas invocaciones y de redactar una desesperada carta bajo condiciones agónicas e inexplicables, después de la ola de vampirismo y de los ominosos chismorreos de Pawtuxet⁹, y después de que la memoria del paciente empezara a excluir lo contemporáneo



al tiempo que le fallaba la voz y su aspecto físico sufría la sutil modificación que tantos apreciaron posteriormente.

Solo entonces, apunta Willett con perspicacia, la pesadilla atrapó a Ward; y el doctor asegura, con un escalofrío, que hay pruebas de lo que decía el joven sobre su crucial descubrimiento. En primer lugar, dos trabajadores de elevada inteligencia fueron testigos del hallazgo de los antiguos papeles de Joseph Curwen. En segundo lugar, el muchacho mostró en una ocasión al doctor Willett esos mismos papeles, y una página del diario de Curwen, y todo ello tenía apariencia de auténtico. El hueco donde Ward aseguraba haberlos encontrado fue durante mucho tiempo una realidad palpable, y Willett les echó un vistazo final en circunstancias difíciles de creer y cuya realidad quizá nunca pueda ser demostrada. Después estaban los misterios y coincidencias de las cartas de Orne y Hutchinson, y el problema de la caligrafía de Curwen, y de lo que los detectives hicieron público sobre el doctor Allen. Todo esto, más el terrible mensaje en minúsculas medievales encontrado en el bolsillo de Willett cuando volvió en sí después de perder el conocimiento en su espantosa experiencia.

Y, lo más concluyente de todo, están los horrendos resultados que obtuvo el doctor al pronunciar un par de fórmulas durante sus investigaciones finales; resultados que demostraban de manera práctica la autenticidad de los papeles y de sus monstruosas implicaciones, al mismo tiempo que se le sustraía para siempre aquellos papeles al conocimiento humano.

El doctor Marinus Bicknell Willett investiga el extraño caso de Charles Dexter Ward, que acaba de desaparecer inexplicablemente de su celda en un hospital psiquiátrico. Poco a poco se va desvelando cómo Charles llega hasta allí, después de pasar años obsesionado con uno de sus antepasados, Joseph Curwen, inmerso en investigaciones oscuras, secretas y prohibidas.

El resultado es un extraordinario relato, policiaco en algunos aspectos y de terror en otros, que nos atrapa de una forma muy personal.



1541172



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com